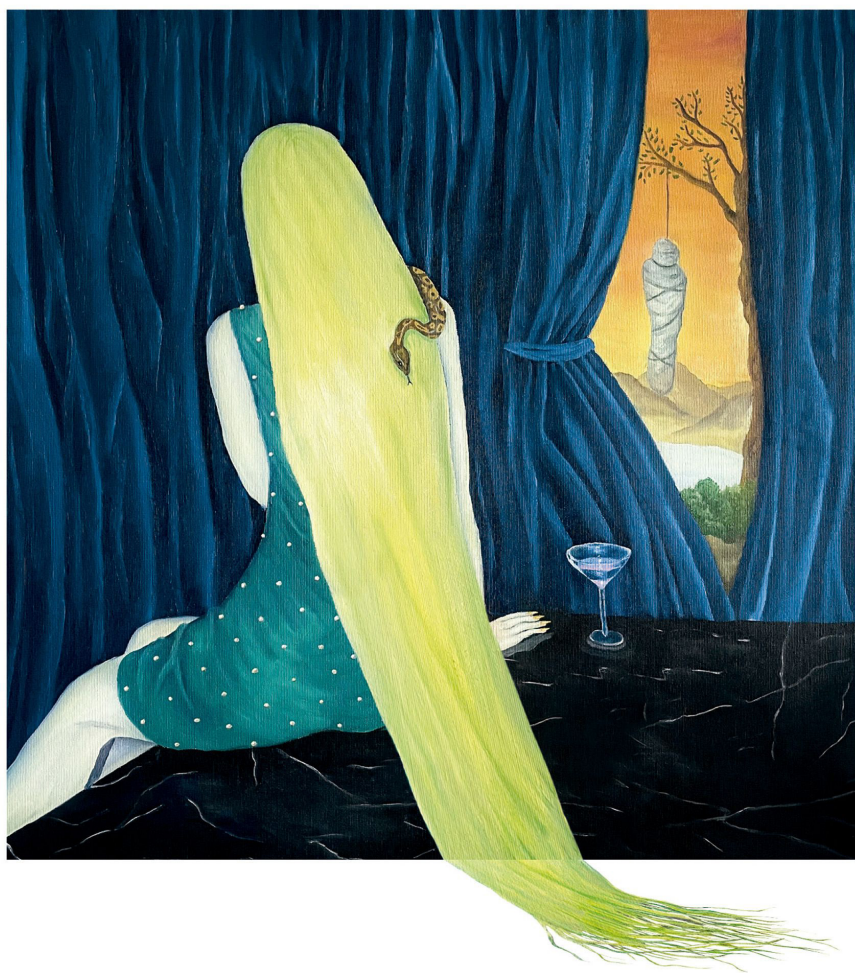




Seix Barral

Guillermo Martínez

Yo también tuve
una novia bisexual





Seix Barral

Guillermo Martínez

Yo también tuve
una novia bisexual

Biblioteca Guillermo Martínez

UNO

—¿Querés saber con qué te vas a encontrar? —dijo Ezequiel Paz y desplegó una servilleta de papel sobre la mesa, entre las tazas que nos había dejado un mozo malhumorado. Me había citado en un bar de Colegiales, en uno de sus regresos de golondrina a la Argentina. Estaba igual que siempre: animoso, inquieto, alegre, dispuesto a barrer con todas las dificultades. Su nueva vida de profesor itinerante, en vez de apaciguarlo, sólo había multiplicado sus fuerzas. Hizo aparecer una lapicera y marcó unos trazos rápidos y enérgicos, como si fuera un general a punto de enviarme en una misión peligrosa—. El sur de los Estados Unidos —y giró la servilleta para mostrarme una sucesión de rectángulos—: Mississippi, Alabama, Georgia. La universidad está por acá, en Georgia, en la frontera con Alabama. El sur profundo. Mucha población negra, la zona de las antiguas plantaciones. El pueblito se llama Redground y está cerca del fuerte militar más grande de los Estados Unidos. Ya verás a los marines con sus uniformes en las clases de historia. Un estado muy conservador, todos van a la iglesia los domingos. Pero a vos qué te importa: das tus clases dos veces por semana

y el resto del tiempo lo dedicás a escribir, a leer, a lo que quieras. Nadie te va a molestar. La profesora que te recibe, Rachel, ya la conocés. —Se detuvo un instante al advertir que yo no daba signos de reconocimiento—. Claro que sí: Rachel Glean. Estaba en el seminario que diste en Salinas: una mujer de unos sesenta, pelo totalmente blanco, peinado hacia arriba... No te acordás. Es una vieja encantadora, una de las primeras luchadoras por la integración en los colegios del sur. Los alumnos: de todo un poco, en general chicos de veinte años que trabajan para pagarse la cuota. Algunos latinos, o hijos de latinos, que ya saben español y quieren ganarse fácil los créditos. De literatura: nadie nada nunca. Así que despacio. Desde el principio. Si conseguís que lean cuatro o cinco cuentos, podés darte por hecho. Y algo más te voy a decir. —Se echó hacia atrás en su silla y alzó los brazos detrás de la cabeza, como si tomara distancia para estudiarme, o hubiera tenido un brevísimo momento de duda antes de decidirse a confiarme aquello—. Algo que nadie te va a decir. —Se adelantó otra vez, apuntó la lapicera a mi pecho y bajó un poco la voz—. Cuando des las clases de consulta, en tu oficina, siempre con la puerta abierta. Sea mujer o sea varón. Sé por qué te lo digo. Siempre la puerta abierta.

Dos

Hubo después, como Ezequiel me había anticipado, un lento minué de e-mails. Me escribía un doctor Edward Mac Neal, del Departamento de Relaciones Internacionales. Cortés, ceremonioso, impenetrable. *El doctor Ezequiel Paz y nuestra profesora de español, Rachel Glean, recomendaron calurosamente su nombre. Sin embargo, como también le habrán hecho saber, ese es sólo el primer paso para elevar su postulación.* ¿Era una simple precaución, casi retórica, o una advertencia? Me pedía que tuviera la amabilidad de llenar una cantidad de formularios, y de adjuntar un currículum, y una fotocopia autenticada de mi título. Pero había algo que no acababa de decir en el intercambio de frases que parecían convencionales y aun así guardaban un filo, como la repetición de preguntas no del todo inocentes de un oficial de migraciones, y en el pedido posterior de ampliación y precisiones me pareció advertir un resto de desconfianza, o quizá un requisito en clave, encubierto entre las formalidades, una contraseña de otro protocolo que yo no alcanzaba a reconocer. ¿Eran sólo ideas mías? También me había escrito Rachel Glean para decirme lo contenta que estaba con la perspectiva

de que los visitara durante un semestre. Su mensaje era cálido y entusiasta, con una referencia muy concreta al seminario de Salinas, pero ni aun así logré evocar nada de ella. Decidí de todos modos encomendarme a esa corriente femenina de buena voluntad. Rachel me tranquilizó de inmediato: mi postulación debía elevarse a un concejo de profesores y querían tener una parva de títulos y comprobantes y certificados para dejar, por así decirlo, que el peso de los papeles decidiera por ellos. Ninguno sabía español, ninguno sabía nada de literatura, la universidad estaba orientada principalmente a negocios, y era la primera vez que contrataban a un escritor. Esto los tenía un poco inquietos, junto con el hecho de que yo no había dictado demasiados cursos. Me sugerían que en el currículum extendido que me habían pedido reemplazara cada tanto la palabra «conferencia» por la palabra «cursillo», y todo se solucionaría.

Así lo hice y la nube invisible en la correspondencia de Mac Neal pareció disiparse. En su e-mail siguiente me felicitaba porque mi postulación había sido aprobada por unanimidad y me dejaba saber, en un primer arrebato de cordialidad, que me ofrecerían, además de un departamento «amplio y confortable», un auto de la universidad para que usara libremente. Tuve que decirle, después de un párrafo de agradecimientos, que yo no manejaba, y que esperaba que esto no fuera a ser un problema. Mac Neal pareció sumirse otra vez en una cavilación malhumorada y demoró varios días en contestar: el departamento, afortunadamente, estaba a sólo diez minutos de caminata del campus. Pero el campus quedaba a doce millas del pueblo y de los malls. Sólo tendría cerca una lavandería.

Él se preguntaba cómo haría yo para aprovisionarme. De todas maneras, se le ocurría una primera solución: alguno de los alumnos becados me acercaría una vez por semana al supermercado, y me llevaría y traería «a intervalos razonables» si necesitaba ir por cualquier otro motivo al centro.

Tuve por un momento la sensación de que me había encerrado sin saberlo en una trampa: un pueblito perdido en un estado del sur, y una casa separada por kilómetros de toda civilización, de la que sólo podría salir «a intervalos razonables». Pero no era acaso, por otro lado, como si el brazo largo del azar me concediera una última oportunidad para terminar mi novela: una isla desierta del otro lado del mundo, apenas atenuada por una lavandería y una provisión semanal del supermercado. Elegí con cuidado en mi biblioteca los libros que sospechaba que ya nunca iría a leer, como si también les diera en este viaje la última oportunidad, y el 26 de agosto de 2001, el mismo día en que cumplía treinta y nueve años, tomé el vuelo de Delta Airlines con destino Atlanta, adonde Rachel iría a esperarme.

TRES

Cuando se abrió la puerta automática, entre las cabezas que se agolpaban contra el vidrio, advertí un desplazamiento, alguien que se movía a mi encuentro. Rachel apareció ante mí, tal como la había descripto Ezequiel, y aun así, cara a cara con ella, era todavía una perfecta desconocida, que me abrazaba con una efusividad solícita y un poco atropellada. No pude evitar que se hiciera cargo de una de mis valijas y volví a mirarla mientras caminábamos hacia el estacionamiento del aeropuerto. Tenía una cara bondadosa y algo triste de *madonna*, las mejillas un poco vencidas, la frente, muy amplia, orgullosamente librada al fino trabajo de las arrugas, la boca redonda como si todo estuviera a punto de hacerla exclamar o causarle estupor, el aire de una mujer suave, un poco aniñada y melancólica, que posiblemente había encontrado la vida inhóspita, y se había hecho fuerte en soledad. ¿Sería viuda o soltera? Lo que me parecía más extraordinario era que mi memoria la hubiera omitido por completo. No podía decir que fuera en absoluto *borrosa*, sino por el contrario, y en cualquier sentido posible, era muy sólida, incluso más bien contundente. ¿Sería esta, entonces, la segunda

fase de aquello que había empezado uno o dos años antes como simple olvido de un nombre en medio de una clase, que había seguido bajo la forma de inquietantes lagunas ante las palabras más inocentes, y ahora se cobraba personas enteras de carne y hueso? Es verdad que en el seminario yo sólo había tenido ojos para una persona (ay, Julieta, Julieta) pero cuando estuvimos adentro del auto Rachel empezó a recordarme libros que yo le había sugerido —y que ella había leído con aplicación— y también una conversación en un almuerzo donde le había dicho algo que todavía la hacía reír. Y aparentemente todo este viaje, aun antes que a Ezequiel Paz, se debía a una promesa que yo le había hecho a Rachel durante ese mismo almuerzo. Ella estaba feliz de recordármelo ahora y su boca en O me sonreía mientras avanzábamos por la carretera que unía Atlanta y Redground, bajo un sol que hacía ondular el pavimento. Miré a los dos costados el paisaje de la ruta: los campos despojados, infinitos, el balanceo indolente de las espigas, los silos a la distancia y sobre todo el rezongo neumático en el auto destartado y un poco polvoriento me hicieron recordar los viajes que hacía con mi padre al campo. Cuando le dije algo de esto, la cara de Rachel se iluminó: su padre también había sido un campesino, y habían tenido por años una plantación de maní no muy lejos, en la misma zona donde se había criado Jimmy Carter. Ella había vivido en el campo hasta la época del *college*, y ahora debía volver cada vez con más frecuencia para atender al viejo, que al cumplir ochenta había vendido las tierras pero no se resignaba a abandonar la casa. Me pareció ver, mientras me hablaba, la figura completa de su vida: una hija única que había permanecido soltera,

sin lograr apartarse nunca del todo del imán poderoso de la casa paterna. Toda su pasión se había concentrado —o debería decir reconcentrado— en la enseñanza. Me contó de la campaña demócrata en los sesenta contra el segregacionismo y de cómo una vez la policía la había arrastrado literalmente de los pelos (porque lo tenía muy largo entonces, me dijo con un dejo distraído de orgullo) para sacarla de una de las escuelas. No me costaba nada imaginarla flamígera, joven, incluso atractiva, platónicamente enamorada de Jimmy Carter, al frente de una lucha por los derechos de los negros, todavía más virtuosa, si fuera posible, porque tenía una piel blanquísima. ¿Qué habría pasado después? Al cabo de los años, me pareció, había quedado en ella cierta dureza eclesial, un rigor moral estricto y un tanto maniqueo, una tendencia hipersensible y algo paranoica por dividir al mundo, su mundo, en aliados y enemigos. Me hablaba ahora de Edward Mac Neal y de «su banda» y su voz bajó a un tono conspirativo, como si yo fuera un refuerzo que llegaba justo a tiempo y al que tenía que poner al tanto de inmediato del estado de la situación. No había podido decírmelo todo por e-mail, porque temía que ellos espieran sus mensajes. Pero en realidad Mac Neal y los suyos habían librado una batalla subterránea por imponer otro candidato para esa cátedra, un profesor alemán que Mac Neal había conocido en uno de sus viajes. En el fondo despreciaban el español porque era el idioma que hablaban los latinos, y hacían todo lo posible por ponerle a ella obstáculos, sobre todo desde que estaban enfrentados en el Concejo por la cláusula sobre discriminación positiva. Ella prefería contarme ahora mismo todo esto porque debía dejarme, apenas llegá-

mos, en el despacho de él. Y Mac Neal era un joven muy astuto, un encantador de serpientes. Había insistido en llevarme él mismo con su camioneta al departamento, se había quedado con las llaves, y ella sólo había podido adelantarse para recibirme en el aeropuerto. Seguramente querría llevarme al béisbol y me presentaría a su familia, o me arrastraría al bar de jazz. Pero yo debía saber cómo eran *verdaderamente* las cosas. Rachel me hablaba cada vez con mayor énfasis y temí que con un poco más Mac Neal me empezara a resultar simpático. ¿Por qué no darle el beneficio de la duda y pensar simplemente que el hombre había preferido, con disculpable debilidad, invitar a un amigo con el que había tomado cervezas en Alemania antes que a un escritor argentino desconocido? ¿Y no hablaba bien de él que ahora, como un buen perdedor, quisiera de todos modos recibirme en persona?

Atravesamos un puente y el pueblo, pequeño, pequeño, apareció desperdigado a un costado. Vi un cartel de The Waffle House, y adentro del local, una madre gorda con dos hijos gordos absortos en sus panqueques. Vi una marquesina de anuncios con una misa que celebraría el domingo no sé qué reverendo de la Ciencia Cristiana. Vi una pequeña aglomeración de negocios en algo así como una terraza elevada. Rachel me señaló el mall, el supermercado, un restaurante mexicano, y otro de comida sureña al que me llevaría, me prometió, con una de sus amigas. Me señaló también unas casas antiguas en hilera junto al río: lo único que quedaba del centro histórico. Y aquello parecía casi todo. El auto bordeó un nudo de autopistas y tomó una ruta lateral. Una flecha indicaba en millas la distancia al campus. No había caminos peato-

nales y el cruce de esa trenza endemoniada de autopistas parecía imposible de intentar a pie. En una de las primeras bifurcaciones apareció un cartel que indicaba el camino a Fort Benning. De aquí salen nuestros marines a invadir el mundo, me dijo Rachel con amargura. Pero la cercanía del campus pareció devolverle su entusiasmo pedagógico y me habló durante el resto del camino del grupo de estudiantes que tendría en mis clases. Ella los conocía a casi todos, los había llevado el año anterior de viaje a México, para que practicasen su español. Me contó de cada uno de ellos en una sucesión de nombres y anécdotas difíciles de seguir. Eran muy buenos chicos, me dijo, aunque un poco duros, yo debería tenerles paciencia. El auto atravesó las barreras en la entrada de la universidad y después de un rodeo nos encontramos sobre el estacionamiento inmenso del campus, que estaba excavado a un nivel más abajo. Desde arriba, uno junto al otro, en filas interminables, los autos flamantes brillaban bajo el sol como láminas de papel glasé. Parecía que cada alumno tuviera el suyo y Rachel me confirmó que era así: apenas conseguían su primer trabajo lo compraban con un crédito. Estacionó en un lugar reservado con su nombre, bajamos con las valijas, y atravesamos una plazoleta de cemento donde se levantaba una torre con un reloj. En los escalones grupos de chicos y chicas, casi todos negros, hablaban con sus celulares y comían su sándwich al rayo del sol. Pude ver que algunas de las chicas usaban remeras tirantes y escotadas y polleras muy cortas, con las piernas desnudas extendidas en los escalones con despreocupación. Rachel interceptó mi mirada. También en mi época hacía calor, dijo con un tono de reproche, pero a nadie se le ocurría

vestirse así. No pude seguirla en su desaprobación. Las ruedas de mi valija resonaban sobre las baldosas y, a nuestro paso, las miradas solapadas y las risitas que dejábamos atrás eran una promisorio bienvenida.

CUATRO

Rachel me dejó en manos de Barbara, la secretaria de Mac Neal, y se excusó porque estaba llegando tardísimo a una reunión de su área. Mrs. Barbara era una mujer muy alta y elegante; hablaba de una manera lenta, plácida, con una cortesía exquisita que no excluía cada tanto destellos de humor. Había sido sin duda en algún momento muy hermosa y parecía acostumbrada a cruzar bromas con los hombres. Sus ojos chispeantes guardaban todavía algo del viejo juego de la seducción, aunque ahora parecía más bien una distinguida madre de familia a la espera de sus primeros nietos y uno la podía imaginar durante el fin de semana en un club de golf, o en una mesa de bridge junto a sus amigas. Me advirtió que Mac Neal estaría todavía ocupado en su oficina por unos minutos con una llamada del exterior. Mientras tanto usted y yo, me dijo, podríamos llenar juntos unos formularios. Nos pusimos a la tarea de buen humor, intercambiamos chistes y cumplidos y cuando terminamos, aunque no habían pasado más de diez minutos, tuve la sensación de que había hecho una amiga. Un instante después sonó su conmutador y me anunció que Mac Neal se había liberado. Me indicó el ca-

mino a su oficina, pero antes de que pudiera dar el primer paso, una puerta se abrió y Mac Neal vino a mi encuentro. Era mucho más joven de lo que había supuesto, no parecía ni siquiera llegar a los treinta años, y tenía la estampa perfecta del norteamericano sano, aeróbico y eficiente. Ojos celestes, pelo rubio con un corte neto, una sonrisa agradable y franca, y una cordialidad arrolladora. No había nada en él que hiciera recordar los e-mails cifrados de doble filo y me pregunté si no los habría escrito otra persona. Antes de que me diera cuenta, se había apoderado de mi valija más pesada y caminábamos hacia el estacionamiento, mientras me hacía todo tipo de preguntas amistosas. En un momento me dejó saber, en tono de broma, pero como si fuera una distinción importante, que él no era en realidad del sur, sino un yankee de Connecticut, arrastrado allí por una chica sureña, «las mejores esposas». Dejamos las valijas en la parte de atrás de su camioneta, en donde había juguetes y herramientas de jardín, y cuando salimos a la ruta de acceso me indicó el camino que debería hacer el día siguiente para llegar desde el departamento al campus. Era una pequeña cuesta casi recta, con grandes casas blancas a los costados, separadas una de otra por jardines imponentes y setos de ligustros. Mac Neal se asomó a una avenida un poco más transitada y me señaló en una esquina la lavandería. Luego, apenas cruzó, dobló por otro camino lateral, donde se abría en abanico un barrio de casas más modernas, con pequeños rectángulos de césped al frente. Antes de internarse mucho estacionó delante de un condominio de departamentos en planta baja. La parte de atrás, me dijo, estaba ocupada por estudiantes, esperaba que no fueran muy ruidosos los fines

de semana. Bajamos de la camioneta y Mac Neal abrió la puerta del primero de los departamentos, que tenía todas las ventanas cerradas. Encendió las luces, dio dos pasos al interior y vi que su cara se demudaba, entre la sorpresa y la indignación. El departamento estaba vacío, sin un solo mueble. El calor pesado de la tarde casi podía tocarse ahí adentro, como cubículos inmóviles en el aire encerrado. Mac Neal avanzó por el pasillo que comunicaba al living con los cuartos, mientras prendía las luces a su paso. Sólo se escuchaba el ronroneo mitigado de la sala de máquinas. Nos asomamos a los dormitorios: también vacíos. No puedo creerlo, murmuró para sí, antes de darse vuelta y componer su cara para mirarme, con los brazos abiertos en desolación. Fue hasta la cocina y abrió los cajones, uno tras otro, en un impulso de furia. Todos vacíos. Me indicó con un gesto que lo esperara y salió a un patiecito detrás de la cocina. Lo vi hablar por su celular y caminar nerviosamente de un lado a otro. Hizo después todavía otras dos llamadas. Cuando regresó parecía abatido y avergonzado.

—Esta gente... No sé cómo disculparme. Deberían haber venido ayer. Dios, son tan *incompetentes*. Ni siquiera pudieron asegurarme que vendrán esta tarde. Pero vamos a hacer otra cosa. Lo voy a arreglar yo mismo. Ahora. Iremos juntos al mall y compraremos todo. Ya hablé con mi mujer, ella me ayudará con la lista. Sólo quiero pedirle un favor. Un gran favor. Que no le cuente nada a Rachel de esto. Ella... Quizá está mal que le diga esto, pero creería que lo hicimos a propósito. Y no es así, al contrario, es justamente la gente que ella defiende. Usted no entendería pero...

Le aseguré que no diría nada a nadie; con su aspecto apabullado Mac Neal me caía mucho mejor. Volvió con

pasos largos al pasillo y miró el termostato de la pared. Treinta y ocho grados. Lo giró con cuidado hacia la izquierda. Desde la sala de máquinas hubo un resoplido, y una exhalación en cadena de tuberías reanimadas. Mac Neal, con una sonrisa cautelosa, alzó una mano a la rejilla del techo. Yo también sentí el primer soplo de aire frío en el cuello.

—Al menos esto funciona —dijo, y al instante recobró su buen humor de boy scout positivo y resuelto—. Al fin será para bien, porque ahora en el mall podrá elegir sus propias cosas.

Volvimos a la camioneta, puso algo de música en la radio y me señaló con la mejor voluntad, y sin ironías de forastero, los mismos pocos lugares que ya me había mostrado Rachel al cruzar el pueblo. Y tal como ella había profetizado, me prometió en el camino una invitación para cenar con su familia, y que me llevaría a un partido de básquet y a otro de béisbol, si me gustaban los deportes, y también a escuchar jazz a un lugar «auténtico». Estacionamos en el sector Muebles del mall. Era un galpón inmenso y abigarrado, con techos curvos de zinc. Con mi índice como una varita mágica indiqué un sofá de tres cuerpos, dos sillones, una mesa ratona para el living, un escritorio con su silla giratoria y una mesa redonda de vidrio con cuatro sillas para la cocina. Tuve un instante de vacilación frente a las camas y Mac Neal me dijo que debía ser matrimonial y me alentó para que eligiera una king size: el departamento debía quedar provisto para un profesor con su acompañante. Y los norteamericanos podían

ser *muy* gordos, me dijo. Generoso Mac Neal: ninguno de los dos podía saber el uso tan acabado que daría a esa cama fea, pero sólida y de dimensiones extraordinarias. Elegí también, dentro del mismo juego, una cómoda, una biblioteca baja y dos mesitas de luz. Mac Neal llamó a su mujer para darle el primer parte y agregamos un espejo de pie, un perchero, un reloj de pared y una lámpara. Pasamos después a la sección de electrodomésticos. Hela-dera, televisor, equipo de música, cafetera eléctrica, una procesadora multiuso de alimentos que, presentía, nunca sacaría de la caja. Un horno de microondas. Un teléfono inalámbrico. Mac Neal agregó por su cuenta un pequeño equipo electrógeno y un regador automático para el césped del patio. Fuimos hasta el bazar y resolvimos de la manera más simple: había en oferta un juego completo de vajilla de porcelana, con platos de todas las formas y dimensiones, azucarera, salero, tazas, tazones y tacitas. Por unos pocos dólares más se añadía a la oferta un juego de cubiertos de plata lappa y otro set completo de copas y vasos. Más adelante estaba la sección de ropa de cama. Elegí un cobertor delgado, dos almohadas, tres juegos de sábanas. Mac Neal agregó toallones y toallas. Ahora viene lo más difícil, me dijo. Era la entrada al supermercado, no menos de treinta pasillos de góndolas en perspectiva vertiginosa, como túneles de los que no se veía el final, un laberinto de diseño engañosamente simple, donde uno podía quedarse toda la vida. No debemos olvidarnos ni la cajita de fósforos, porque usted quedará prisionero por una semana, bromeó Mac Neal. Elegimos dos carros del tamaño más grande y optamos por el método que Mac Neal llamó «del yoyó» y que para mí siempre había sido

«la hormiguita viajera». Empezamos por el extremo izquierdo, avanzamos hasta el final del pasillo, que sí tenía un final después de todo, y volvimos por el pasillo siguiente hasta la línea de cajas, para después retomar el tercer pasillo otra vez hasta el final. Una hora después, con los dos carros obscenamente repletos, Mac Neal llamó otra vez a su mujer. A cada indicación de ella asentía y respondía «lo tenemos», hasta que en un momento quedó en suspenso, y sonrió como si lo hubieran derrotado otra vez en un juego privado en el que se hacía diestro, pero no lo suficiente. Fue hacia una de las góndolas que habíamos dejado atrás y trajo algo en la mano. Chica inteligente, me dijo con verdadera admiración, y me mostró un abrelatas.

Regresamos al departamento escoltados por un camión de mudanzas. Ya era casi de noche, pero Mac Neal insistió en quedarse hasta que la cuadrilla desembalara y acomodara cada cosa y enchufó él mismo uno por uno los aparatos eléctricos para comprobar que funcionaran. Cuando ya estaba todo en su lugar, sonó de pronto el teléfono. Era Rachel, que quería asegurarse de que yo estuviera bien, y de que hubiera encontrado el departamento en orden. Vi la expresión atenta y tensa de Mac Neal, que aguardaba mi contestación, y le dije a Rachel que todo estaba absolutamente perfecto, como si Mary Poppins descendida del cielo se hubiera ocupado de la casa. Mac Neal sólo se sonrió para sí pero al despedirse me dijo desde la puerta, serio y sincero: le debo una.